

En un cuento he referido un hecho auténtico, la historia de la pobre «loca del aire», aquella enamorada que, deseosa de ir al encuentro de su amado, se lanzó contentísima desde una azotea del manicomio, como si sintiese alas en sus espaldas. El hombre á quien tanto quería la había dicho «eres aire, eres más fría que el aire» y ella, desde entonces, prestando absoluta fe á la voz querida, vió en el aire su elemento.

La aviadora de amor llegó al suelo ya sin vida, como era presumible. ¿Quién podrá afirmar que su desvarío fuese mayor que el de los Icaros que piloteando un monoplano ó un biplano se arrojan al aire denodadamente? Por lo menos, el amor tiene sus «glorias ciertas» como dijo el clásico, mientras que la gloria de los aviadores, sobre ser asaz incierta, va repartiéndose en porciones mínimas, según aumenta el número de los que se arriesgan á tanto. Los nombres de las víctimas forman interminable lista, y si esto es halagüeño para la humanidad, demostrando que posee abnegación, no es posible que el nombre de cada uno de esos mártires del progreso adquiera la resonancia que ha tenido y conservará el del padre Icaro, abogado y patrono (si hubiese santos en la mitología) de los aviadores habidos y por haber.

¿Existió Icaro, ó es su historia un bello mito que expresa y simboliza ese anhelo de imitar á las aves, inherente á la naturaleza humana? La fábula nos dice que Icaro era hijo de Dédalo, otro personaje antiguo á quien hoy debieran reconocer por precursor los empresarios que en París se ganan muy buen dinero con la exhibición de Palacios mágicos, laberintos árabes, y otras fantasías. En realidad, la parte de invención aviatoria correspondió á Dédalo y no á su hijo, porque fué Dédalo mismo quien ideó, para escaparse del laberinto de Creta, donde Minos le había encerrado, las consabidas alas de plumas pegadas con cera. Icaro, llevado de un ansia noble, de un entusiasmo fervido, lo que hizo fué desoir el consejo paternal, que era el de no remontarse demasiado; el mismo consejo que dió á Sancho Panza su amo el buen D. Quijote (á quien han dado en llamar unos cuantos literatos *nuestro Señor*). Icaro, imprudente, se remontó cuanto pudo atraído por la hermosura y magnificencia del Sol, y el Sol, cruel y celoso, derriñó las alas del atrevido, que cayó precipitado al mar Egeo, (después Icaro). No le hubiese acaecido esto al padre, hombre avisado y cauto, que reunía á sus condiciones de excelso artista otras de hombre práctico y vidador, hasta un poco más allá de lo lícito y decoroso, puesto que en la corte de Minos empleó los recursos de su arte y de su extraordinaria habilidad, en favorecer el antojo extraño de Pasífae, fabricando la figura de vaca dentro de la cual había de colocarse la neurótica reina. Al rey Minos, esposo de la antojadiza, hubo de parecerle mal el asunto, y por eso fué lo de encerrar al padre y al hijo en el laberinto que había construido el propio Dédalo, pero del cual, por lo visto, no acertaba á salir...

Fuese ó no fuese un mito gracioso lo de las alas, y deban ó no proceder de trece siglos antes de Jesucristo los intentos de aviación, ello es que el problema, sin verdadera solución continúa. Y no lo digo yo; lo dice Edison. Por bastantes años no desaparecerán las fronteras, ni sucederá ninguna de esas cosas graves que nos anuncian. Hay muchos inventos que, cuando parecen acabados, están naciendo. Y esto sucede á la aviación.

La sensación del peligro, que es un atractivo en determinados casos y para algunas personas, no puede menos de ser, para la inmensa mayoría, una rémora. Mientras el aviador vaya como va, en ocasión próxima de muerte, la aviación no pasará de *sport* caprichoso y no habrá muchos viajeros del aire.

Se ha hablado estos días del valor de la baronesa de Laroche; pero no me parece inferior el de otra mujer española, no aviadora, sino aeronauta; la señorita Corominas. Esta señorita está todos los días en el aire, si cabe decirlo así. Continuamente realiza ascensiones en el globo que ella misma maneja y tripula. Sola, intrépida, va á donde la lleva el viento, que puede arrastrarla hacia el mar, ó precipitarla contra los tejados. Una tarde, desde las ventanillas de mi torre, vi que pasaba por la carretera un coche ocupado por una mujer, al parecer enferma, arrebujada en un mantón. Dos horas después, supe que era la valerosa aeronauta, que había tenido que caer en una aldehuella, y que, aterrida de frío, después de haber atravesado la bahía de la Coruña en una noche de niebla, volvía á la ciudad á reponerse de la aventura. No creo que haya hombrada superior á la de esta mujer, que se pasa una noche de cerrazón sobre el mar, en un globo, sin esperanza de auxilio huma-

no. Cualquier día sabremos que la señorita Corominas ha tenido la suerte de Icaro, con la diferencia de que no darán su nombre al mar donde se zambulla. Ni siquiera la quedará el consuelo de ser incluida entre los mártires de la ciencia, puesto que los globos no dirigibles, los aerostatos que el viento se lleva á donde quiere, han pasado á la categoría de juguetes de chiquillos, y sus tripulantes sufren el riesgo y no ganan el mérito.

Diariamente en Madrid, las señoras que se pasean por la Castellana ven, en el aire, un punto que decrece ó que aumenta visiblemente de grandor, y que se cierne majestuoso ó se aleja raudo. Es el globo de la tarde. Al principio, las miradas, como atraídas por imán, se dirigen al cielo, siguiendo las bellas evoluciones del globo. Ahora, ya ni una lánguida ojeada le acompaña en su camino de aventuras. ¡Que se rompa, si quiere, el pescuezo ese loco! No se pronuncia la frase, pero es muy verosímil que esté en el pensamiento de la inmensa mayoría de las hijas de Eva que en landó ó en automóvil pasean su aburrimiento por las calles de árboles y el piso de asfalto. ¡Que se lo rompa de una vez! Así no volverán los periódicos ilustrados á publicar su retrato; á lo sumo, publicarán la instantánea en que se ve la masa informe del aeroplano destrozado, hecho añicos, y al lado el cuerpo inerte del aviador...

Desde luego, reconozco que, si fuese asequible perfeccionar la aviación se habría realizado la revolución más enorme en el planeta. Con las ventajas del pez y del ave, ¡qué facilidad para toda especie de empresas no tendría el hombre! Por desgracia, le sucede lo que se deplora en una décima de Calderón:

«Nace el ave; y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
ó ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
surca con velocidad,
negándose á la piedad
del nido que deja en calma.
¡Y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad!»

No cabe duda; el hombre, eterno Segismundo, goza mucha menos libertad que el pájaro... Su lucha por plagiar el mecanismo mediante el cual las aves recorren el espacio tan sosegada, airosa y ágilmente, parece un pleito perdido, pues el ave no corre más peligro que el que supone la escopeta del cazador, y nosotros, ambiciosos insensatos, llevamos cincuenta probabilidades, por lo menos, de hacernos tortilla, cuando invadimos el *stand* de las golondrinas y de los vencejos.

La frase, tan manida, «no está en su elemento» es la única que expresa la situación del hombre al emprender la conquista del aire. Pero ¿cuál empresa habrá que el hombre no acometa? Bajo tierra se ha organizado el dominio de la mina; el mar lo tiene subyugado; se le resiste aún el aire... ¿Lo dominará? Yo no lo espero; y sin embargo, misterioso anhelo me sobrecoge cada vez que el globo pasa. ¿Qué traerá el porvenir? ¿Una victoria más de la inteligencia sobre la materia? ¿Una serie de sorpresas admirables, cuando, sin necesidad de caminos ni de billetes y hasta sin equipaje, vayamos y vengamos cual los pajaritos, registrando rincones antes desconocidos, conociendo razas, pueblos y gentes nuevas, plantando la enseña de la civilización donde no se sonó ni con ver la cara de un hombre blanco... Porque muchas regiones del globo están inexploradas aún, y quedan infinitos salvajes en su superficie, (tomando la palabra en su sentido puramente clásico, y prescindiendo de los que nos rodean, y salen á relucir cuando la ocasión es favorable). ¡Oh, si esta victoria de la humanidad luchadora y laboriosa ha de obtenerse, que se obtenga pronto, y que yo la vea! Porque siento no sé qué desconfianza invencible, el recelo que inspira la limitación de la máquina, que no pasa de cierto punto, que se niega á avanzar mucho más tercamente que un ser orgánico. Digo lo del gitano: creo que ha de venir Nuestro Señor, pero ya veréis cómo no viene... Ya veréis cómo no andamos en aeroplano, los que estamos á bien con nuestra osamenta, sin que por eso seamos ningunos apocados y cobardes. Ya veréis cómo eso no se arregla, porque hay un límite á las ambiciones, y no siempre triunfa Prometeo, y suele estrellarse Icaro.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

A decir verdad, así como D. Juan Tenorio no creía en la otra vida, yo no creo en la aviación. D. Juan el burlador se equivocaba de seguro, y yo probablemente me equivoco. Pero mientras no venga la estatua de D. Gonzalo á sacarme del error, sin poderlo remediar seguiré escéptica.

Es preciso que me explique. No es que niegue los progresos conseguidos en el empeño de la conquista del aire. Se ha hecho mucho, ¡quién lo duda! Lo que sucede es que ese mucho no tiene importancia, desde el momento en que no asegura un medio de comunicación en que los peligros no pasen del máximo, verbigracia, á que alcanzan en el automovilismo. En el automóvil hay riesgo; en el automóvil hay percances. Sin embargo, el automóvil no es contingencia de muerte probable. Dado el número de automóviles que por ahí corren, el peligro apenas alarma.

El de la aviación cada día parece más serio. No se ve progresar á ese *sport*, en proporción con el gran esfuerzo que se está consagrandó á su desarrollo, á solucionar sus problemas.

Realmente, hace falta ser muy decidido, tener barba el alma, para lanzarse, como la baronesa Laroche, (¿será baronesa?, varona sí, de fijo) á arrostrar tan horrible batacazo. No le quedó á la pobre señora hueso que bien la quisiese. Se partió todo lo partible, y la rota tibia le agujereó la carne de la pierna. Estremece leer el relato. No se comprende cómo mejora, cómo va á escapar para contarlo, y hay que repetir lo que decía un individuo, sabiendo que un niño, despedido por la ventanilla de un tren á toda velocidad, no se había muerto: «O milagro, ó de goma.»

Verdad que hace tiempo que el sexo llamado débil, en los Circos, se sube á lo más alto de un trapeico colgado de la techumbre, se coloca de blanco para que un juglar dispare cuchillos ó un tirador pruebe su destreza con balas, sostiene pendiente de la dentadura á un jayán que pesa sus cien kilos, y realiza á caballo ejercicios dignos de la reina de las Amazonas, que se llamaba, si la memoria no me es infiel, Pentésiliea. Con todo esto, parece que, mientras la humanidad no sale de su elemento natural, se explica mejor su arrojo. Y el aire no es un elemento natural humano, salvo para los fines de la respiración.

Y sin embargo, ¿quién será el que no haya soñado con el vuelo? Si lo que soñamos expresa un misterioso aviso de la fantasía anticipándose á la ciencia, ¿qué aspiración más general, qué instinto más fijo que el de lanzarse al aire?

Las s
lente se
e la conc
asender
rico rel
oro, y s
Estas
una de
petenci
fin de c
sus otra
que la j
sería fá
bajado
ble ó ti
mente j
copa y
bello ó
buen f
Cope
de pic
¿Y qué
go que
compai
ricos d
un día
prende
Ni a
cen al
chispa
riase, e
discurr
idea pi
neficio,
ofrecer
fluo, a
gún m
sada d
la mar
vengar
Sien
cuand
á las j